

después –entre otros– por el del propagandismo católico y el conservadurismo de matriz anglosajona. Autor de una *Historia de los Estados Unidos como jamás te la habían contado*, en este libro se las ve con la radicalización del discurso liberal posmoderno, que –a través de la corrección política– ha desembocado en la llamada cultura de la cancelación.

Aunque el autor evita con razón el término «marxismo cultural», que es la etiqueta a la que todos los conservadores se acogen para dar a entender que lo pasa es producto del malvado comunismo, sin que el liberalismo tenga nada que ver, no deja de destacar los aportes de la Escuela de Fráncfort, del gramscismo o incluso de la propaganda soviética. Y aunque tampoco omite los elementos culturales de matriz anglosajona, no sé si al lector le quede suficientemente claro que ahí reside mayormente el *quid* de la cuestión.

El libro es de gran interés, ágil y agudo, de fácil lectura y no exento de profundidad. Pero no sólo se trata de comprender, sino también de resistir. El autor, en una de las entrevistas que concedió a raíz de la publicación, expresó que «cuando el clima es tóxico y se vive obsesionado por no ofender a nada ni nadie que se haya decretado como intocable es imposible crear algo valioso». Y seguía: «Creo que se avecinan, o mejor dicho, que ya estamos viviendo tiempos difíciles y exigentes. Tiempos en los que seguramente sufriremos, pero en los que también podemos disfrutar mucho dando buena batalla. Cada uno debe hacer lo que pueda y sepa. Como individuos, asociados, como instituciones, desde los medios, desde las universidades, desde la política. No hay que renunciar a ningún ámbito. Estoy convencido, además, de que la realidad no es una tábula rasa absolutamente maleable y de que vamos a ver cada vez a más víctimas de la ideología woke revolverse contra ella. Descubriremos aliados que hasta hace poco eran impensables». En esa búsqueda de aliados insospechados el autor habrá sido, en todo caso, un adelantado.

Gaspar LAMARCA

Jean-Pierre Moreau, *François. La conquête du pouvoir. Itinéraire d'un pape sous influence*, París, Éditions Contretemps, 2022, 386 pp.

Periodista, historiador de la Iglesia y de «América Latina», Moreau nos ofrece en este libro una visión de las ideas del Papa Francisco sobre el sentido y la misión de la Iglesia, de las prácticas religiosas, de la fe, etc., que informan su pontificado, rastreándolas

en la historia de la Argentina, de los jesuitas, de la América Hispana y de la Iglesia Católica, especialmente desde el Concilio Vaticano II. Como se lee en «Postfacio» es un libro dirigido al público francés para quien el Papa es un gran desconocido.

A propósito del Concilio, me parece que las tendencias ideológicas conciliares marcadas por el autor son algo unilaterales, exageradas, reducidas sólo en el marxismo en su versión latinoamericana, como si éste fuera su catalizador (pp. 13 ss.); unilateralidad que en algún momento reprocha a Ricardo de la Cierva, pero que puede también aducirse de Moreau. Como sabemos, el marxismo ha sido una de las tendencias pero no la predominante ni la única, pues el modernismo se presentó bajo variadas corrientes (personalismo, liberalismo, existencialismo, democratismo, humanismo, progresismo, y sobre todo protestantismo).

Fuera de este juicio general sobre el Concilio, es indiscutible que Francisco está alineado en la teología de la liberación, luego remozada como teología del pueblo. Pueblo, concepto ambiguo y claramente manipulable según la ocasión y el autor o actor, si se quiere un concepto que juega a la confusión (el pueblo es como el agua, decía L. Gera). De ahí que –como hace Moreau (pp. 241 ss.)– sería mejor referirse a «las teologías del pueblo», por el transformismo que rodea al término (los pobres, las comunidades de base, etc.).

El pensamiento de Francisco está bastante bien analizado, rastreando –en la medida de lo posible– sus fuentes e inferencias, sus contradicciones e inconsecuencias. En este sentido, el libro tiene un buen orden: los jesuitas (especialmente el P. Arrupe), los neo teólogos Lucio Gera, Juan Carlos Scannone, y muchos otros concurrentes a la formación de la teología de la liberación y de los sacerdotes de (por) el Tercer Mundo. Central a Moreau es la discusión de los cuatro principios (parte IX) de la Doctrina Social de la Iglesia que encuentra en la Exhortación *Evangelii Gaudium*: la superioridad del tiempo sobre el espacio; la prevalencia de la unidad sobre el conflicto; la mayor importancia de la realidad sobre las ideas; y la superioridad del todo sobre las partes.

Conforme a la teología de la liberación, primero es la praxis pastoral y luego la teología o la doctrina de la fe en un plan historicista (modernismo); así se resume la tesis de los jesuitas y de Francisco. Del Cuerpo Místico al Pueblo (místico-mítico) de Dios, que se sustenta en las prácticas populares de la fe como lugar teológico, la mística popular, y que eleva al pueblo a fuente inmediata de la fe como creencia y *praxis*. Todo esto es conocido, al igual que

su trasfondo marxista, convertido ese fondo en un vago discurso político de pretensiones teológicas. Y su resultante: una concepción del ecumenismo como un poliedro –por no decir una mescolanza infame–; una acumulación de las diferencias (el mestizaje) como constitutivas de los hijos de Dios que somos todos los hombres (por caso, la homosexualidad); el endiosamiento de la Tierra (la Pachamama) y el «pacto de amor cósmico»; el globalismo; etc.

La parte X encuentra en la liturgia el vector privilegiado de la teología de la liberación y la teología del pueblo, pues la Misa está sometida a la ideología de la inculturación. Pero debemos lamentar su brevedad.

En cuanto a Francisco y la historia argentina, habría mucho que decir. Por caso, no creo justa la calificación de J. D. Perón como un nacionalista legalista, tampoco que el peronismo sea un socialismo, si bien el autor prefiere la narración de los hechos antes que el análisis de las ideas. En tal sentido, antes que el relato, hubiera sido deseable el estudio más decisivo sobre las relaciones del gobierno de Perón (1946-1955) con la Iglesia, que no fueron pacíficas. Algunos incidentes de menor importancia (como el de Mons. De Carlo) son atendidos como decisivos por el autor. En el fondo, la idea –que toma de Roberto Bosca– de una iglesia nacional peronista no me parece del todo verdadera; es una interpretación que hay que matizar. La parte V –que trata del peronismo– y también la IX, hubieran merecido mayor atención y corrección desde que se aduce que Francisco es peronista y Moreau ha dado crédito a la especie. Pero no es para nada evidente la vinculación, como no sea por el exaltado discurso sobre las bondades del pueblo. El autor no ha demostrado nada más que eso.

Es notable que prácticamente nada se dice sobre acontecimientos más conocidos que vinculan al entonces Bergoglio con el peronismo de los años 70 del pasado siglo. Es este el tiempo en el cual se lo ha relacionado con sectores peronistas (por caso, Guardia de Hierro) que pertenecían a la Resistencia pero no eran de izquierda, a los que ayudó –gracias a sus relaciones políticas– para que no fueran eliminados por los militares que tomaron el poder en 1976. Se sabe que Bergoglio fue, además, capellán de ese grupo peronista. Tampoco hay una investigación sobre la actuación de Bergoglio como arzobispo de Buenos Aires y primado de la Argentina.

Hay además juicios erróneos sobre personas y acontecimientos argentinos, como referirse a las «masacres» de Juan Manuel de Rosas (p. 302) y llamarlo presidente, cuando no lo fue.

Las traducciones del español son bastante correctas. La documentación es de variados orígenes –algunas fuentes, como Wikipedia, son poco confiables–, hay una abundante bibliografía, aunque algunos datos e informaciones –nombres, años, ideas– merecerían ser corroborados; y ciertas apreciaciones matizadas. Pongo unos casos: la apresurada afirmación de que, luego de las independencias, el único rasgo común a los países hispanoamericanos fue la masonería (p. 279), lo que es falso; que Perón tomó la mítica idea de una patria grande latinoamericana asociándola a Fidel Castro (p. 270), que debía ser puesta en contexto, porque no se corresponde al «primer» Perón y dudosamente al «segundo».

Además, de la lectura del libro queda la impresión de que todos los jesuitas americanos eran comunistas o tercermundistas, lo que es a todas luces incorrecto. Faltan matices, los matices mismo de la vida histórica, de la vida humana.

Concluyo. Reconociendo el valor del autor –que ha decidido responder a tantos elogios hechos a Francisco–, la obra es inacabada por la enorme cantidad de lagunas. Entre éstas, hay de dimensiones oceánicas: no ha mostrado cómo el Papa Francisco se ha hecho del poder, que es lo que se nos propuso en el mismo título del libro. ¿Debemos leerlo como la conclusión de un complot jesuítico y tercermundista? Tal la sensación final, que sin embargo no me parece ser la única razón. Otra vez la unilateralidad, la necesidad de matices.

Juan Fernando SEGOVIA

Jeffrey R. Collins, *In the shadow of Leviathan. John Locke and the politics of conscience*, Cambridge, Nueva York, Melbourne, Nueva Delhi, Cambridge University Press, 2020, 422 pp.

Jeffrey R. Collins enseña historia en la canadiense Universidad de Queen. Hace varios años publicó *The Allegiance of Thomas Hobbes* (2005), en el que intenta explicar cómo, en virtud de la malentendida relación entre Hobbes, la revolución de 1648 y el Interregno de Cromwell, la fortuna se le volvió esquivo al gran escritor, en particular por su supuesto apoyo a los que derrocaron al rey Estuardo y su comportamiento respecto de la religión oficial. El libro que aquí comentamos (*Bajo la sombra del Leviathan. John Locke y la política de la conciencia*) tiene presente estas disputas sobre la correcta inteligencia del pensamiento de Hobbes. Ha